

1. CALASTRY OKUKA

*Y en silencio callaba
tras una mirada temible.
Tras el silencio, un alma
y un deseo imposible.
Atrapados dentro de un cristal,
sentimientos para todos invisibles.*

Elizabeth recorría preocupada la gran nave espacial preguntándose dónde se habría metido en aquella ocasión la niña que estaba a su cargo. Cuando, poco antes de partir, recibió la noticia de que Anaís y su esposo, unos viejos amigos, habían perdido la vida y dejado bajo su cuidado a su única hija, se había quedado por unos instantes paralizada por la sorpresa y, más tarde, se había sentido absolutamente perdida ante el problema que se le venía encima. Ella no entendía nada de niños ni disponía de tiempo para dedicarle toda la atención que desde luego la niña precisaba tras aquel duro golpe. Había pensado en negarse, pero no se había atrevido. Por un lado era mucho lo que les debía a sus padres y muchos los recuerdos para traicionarlos de aquella forma, y luego, al conocer a la niña, una emoción desconocida se había removido en su interior impidiéndole rechazar su custodia. Así que se la había llevado y conseguido para ella un pasaje en aquella expedición. Dudaba de que aquello fuera lo más adecuado para alguien de la edad de Erika, pero la doctora se había preparado para formar parte de la colonia durante largos años. Aquel viaje significaba lo más importante de su vida y no renunciaría a él.

¿Dónde se habría metido la niña? Elizabeth no dejaba de buscarla inspeccionando cada pasillo mientras se repetía una y otra vez que quizás había cometido un error al traer a la niña consigo. Esa chica le hacía perder un tiempo precioso con su desobediencia, justo ahora que se hallaban a punto de llegar al planeta que iba a convertirse en su nuevo hogar... Su nuevo hogar... Se preguntó cuáles serían las razones por las que, en el último momento, el Consejo Superior

había cambiado el lugar de destino y al coordinador del proyecto. ¿Por qué habrían elegido aquel planeta para el asentamiento de la colonia? Se suponía que ese mundo no guardaba ningún interés: solo contenía vida vegetal y se encontraba demasiado aislado para un asentamiento permanente. A pesar de ello les habían ordenado estudiarlo y decidir si podía ser habitado de forma segura o no. ¿Pero por qué? ¿En aquel planeta ni siquiera las plantas, según se decía, lograban sobrevivir sin esfuerzo! En fin, la misión que le habían encomendado era cuidar de cada uno de los colonos sin que le importara donde pero... ¿ese planeta? ¡Maldita la suerte que había tenido! Por muy óptimas que fueran las condiciones de aquel territorio, y dudaba que lo fueran, el traslado de familias enteras resultaría demasiado costoso. Por otra parte, los escáners no habían detectado ninguna riqueza evidente. Se trataba de un planeta olvidado y solitario al que, sin embargo, enviaban un importante grupo de especialistas en distintas áreas. Aquello parecía carecer de sentido.

Y el nuevo coordinador, ¿quién sería? Aún no se había presentado y eso la tenía de mal humor. Claro que eso no era lo único que la perturbaba.

Tras doblar la esquina de un corredor se detuvo ante los majestuosos miradores. Su atención quedó atrapada inmediatamente por la visión del ya cercano destino. Reconoció, a su pesar, que aquel mundo era hermoso. Parecía despedir un resplandor verde azulado cuya procedencia, según tenía entendido, no había podido ser identificada. El planeta disponía de tres satélites que giraban a su alrededor como perlas vírgenes de maravillosa plata fundida con vetas azules, rojas y verdes respectivamente. Dos soles, uno amarillo brillante y otro anaranjado, iluminaban aquel magnífico espectáculo de tonos violáceos y grises. De pronto inspiró con brusquedad, rota toda sensación de paz, de armonía y de belleza. Por la derecha, lentamente, surgía una mancha oscura que contrastaba de forma poderosa con aquel despliegue de colores. Sin poder evitarlo, Elizabeth retrocedió varios pasos y se preguntó de nuevo por qué se habría escogido aquel maldito destino, por cuya órbita se cruzaba esa enorme nave espacial antigua y muerta que la había aterrorizado desde niña. Durante siglos, se decía, aquella nave había estado vagando por el universo apareciendo en lugares insospechados, cambiando de dirección y siguiendo rutas arbitrarias, como arrastrada por fuerzas invisibles. Nadie recordaba ya su origen, conocimiento perdido, quizás, en las Guerras Federadas.

Se sabía que no había vida en su interior, y desde el término de las guerras el Consejo Superior había mantenido un laboratorio permanente cuya única misión consistía en vigilarla. Por mucho que lo habían intentado, tampoco habían logrado penetrar sus férreos escudos aún intactos, así que la nave seguía su loco deambular sin que nadie sonsacara sus secretos. Se discutía a menudo acerca de cuál sería su inagotable fuente de energía y sobre la tecnología que había sido necesaria para construirla, pero solo eran capaces de especular y la mayor parte de los pueblos federados habían aprendido a vivir con ello. Se había convertido en el objeto de la ambición de unos y en protagonista de mitos e historias fantásticas para otros, que contaban a sus hijos con el fin de obligarlos a obedecer. La nave estaba encantada —decían. Habitada por fantasmas, por las almas de los olvidados tripulantes condenados para siempre a vagar por el espacio... Leyendas y más leyendas. Y algunos pocos datos reales, aunque no por ello menos inquietantes. Hacía aproximadamente doce años que la nave no se había movido. Se había ajustado a la órbita de aquel planeta y allí había permanecido sin ninguna explicación convincente.

Un ahogado jadeo rompió el silencio y la sobresaltó de tal manera que a punto estuvo de echar a correr por donde había venido. Miró a su alrededor con nerviosismo y la descubrió. Erika se hallaba en una esquina del mirador, con la frente pegada al cristal y casi oculta por las sombras provocadas por la escasa luz de la estancia. Soltó un suspiro. No sabía por qué pero no lograba mantenerse enfadada con la niña por mucho tiempo. Es más, nadie lo conseguía: todos los miembros del equipo parecían haberle tomado cariño desde el momento en que la conocieron.

—Al fin te encuentro.

La pequeña no pareció escucharla. Permaneció inmóvil, como hipnotizada ante el espectáculo de aquella nave gigantesca y oscura que destacaba como una mancha de grasa en un floreado vestido.

Elizabeth respiró hondo. Debía desechar aquellas estúpidas ideas infantiles sobre la nave.

—Erika —llamó, intentado parecer calmada.

La niña se giró entonces, posando sobre ella aquellos ojos tan dulces, profundos y azules.

—Te he buscado por todas partes —prosiguió la doctora—. Te he dicho varias veces que no te alejaras de la zona de pasajeros. ¿Qué haces aquí?

—Solo quería contemplar el planeta —respondió, volviéndose una vez más hacia el mirador—. Y también la Estrella Oscura.

—La Estrella Oscura solo es un montón de chatarra oxidada e inútil, vacía y polvorienta. No tiene ningún misterio ni ningún interés —se obligó a decir, rehuendo la visión de aquella nave espantosa.

—¿De verdad crees eso?

—Sí. Y ahora nos vamos. Me estás haciendo perder mucho tiempo. Estamos casi en el punto de embarque y no quiero llegar tarde.

Elizabeth no esperó a que Erika la siguiera, sino que la cogió de la mano y casi la arrastró tras de sí, algo incómoda por haberle mentido. A veces se preguntaba la razón por la cual reaccionaba de manera tan extraña en compañía de aquella niña.

—¿A qué se debe el resplandor del planeta? —preguntó de pronto Erika.

—Nadie lo sabe —respondió Elizabeth con extrañeza. Aquella chiquilla no solía hacer preguntas. En realidad no solía decir más de cuatro palabras seguidas.

—Quizás se deba a la vegetación de la superficie —arriesgó la niña.

—No. No es debido a eso. Hay algunas plantas, pero demasiado escasas como para provocar ese color. Gran parte del planeta es solo desierto.

Ante aquella respuesta, Erika enarcó una ceja.

—¿Cómo dijiste que se llamaba? No me acuerdo.

Elizabeth tardó un momento en contestar.

—Calastry Okuka. ¡Y deja de hacer preguntas!

Joseph Chirake, uno de los especialistas en idiomas y dialectos, le había dicho lo que ese nombre en gohran significaba. Para aquel pueblo salvaje y bárbaro, enemigo de la Federación, Calastray Okuka significaba “Infierno”.

La doctora volvió a estremecerse. ¿Qué *había* en aquel planeta —se preguntó— para que ese pueblo cruel e incivilizado le diera tal nombre? De todos modos, hacía pocos años que se conocía como Calastray Okuka. Antes se denominaba de otra forma... Con un simple número, creía recordar. Pero un día los gohran comenzaron a calificarlo así y el apelativo se había extendido por toda la Federación con inusitada rapidez. Evidentemente, todo lo relacionado con aquel asunto resultaba extraño.

Elizabeth volvió a lamentar su mala suerte. Aquella expedición le creaba inseguridades y la alteraba. Bajó la mirada y observó a la niña de apenas siete años que llevaba de la mano. Erika parecía sumida en sus propias reflexiones, ajena a casi todo, distante. Quizás había sido algo dura con ella, pues la mayor parte del tiempo la niña no le causaba ningún problema y solía permanecer como abstraída en su propio mundo interior. Por otro lado se suponía que debía ser paciente. La pérdida de sus padres había supuesto un golpe del que le costaría recuperarse. Quizás podría pedir consejo al psicólogo de la colonia.

Suspiró resignada. Presentía que aquel viaje no resultaría en absoluto aburrido sino, más bien, demasiado animado.

Nada más llegar a la zona de embarque para prepararse para la inminente partida, se encontró con el resto de los integrantes de la expedición distribuidos en dos filas y atentos al hombre que, de espaldas a ella, les dirigía la palabra. Como había temido, llegaba tarde. Y supo que se encontraba en problemas. Precisamente eso era lo que le faltaba: comenzar con mal pie con el nuevo coordinador.

Cuando Elizabeth apareció con Erika de la mano y desaceleró la marcha, algunos de los miembros desviaron la cabeza en su dirección. Esto hizo que el hombre interrumpiera su discurso y se volviera. También el enviado especial del Consejo Superior centró en ella su atención. La verdad es que en breve tuvo sobre sí más ojos de los deseados.

—Celebro que al fin se haya dignado a unirse a nosotros, doctora Santana —dijo el desconocido.

Elizabeth no pudo impedir que la sorpresa se reflejara en su rostro: aquel hombre no tenía aspecto de científico. Además, ni siquiera era humano. Era krincoll, una raza guerrera, de impresionante poder mental, muy semejantes a los humanos aunque un poco más altos y estilizados. Además sus movimientos, su aspecto en general, recordaban a los felinos. Hecho que se acentuaba por sus ojos de pupila alargada y manos de uñas puntiagudas.

En aquel momento, la expresión felina del hombre le pareció a Elizabeth Santana tan inquietante como su voz. ¿Por qué habían retirado repentinamente del proyecto al doctor Lucas y enviado en su lugar a un soldado?

—Lo... lo siento. No volverá a suceder —tartamudeó, ocupando su lugar entre los futuros colonos.

El krincoll mantuvo sus ojos sobre ella para desviarlos después hacia Erika. Nada en su rostro sugería lo que pensaba, pero Elizabeth, sin saber por qué, tuvo la certeza de que la presencia de la niña lo había perturbado.

—Bien. Mi nombre, doctora, como sus compañeros ya saben, es Rancan Lussie. Soy el nuevo coordinador de esta expedición por orden del Consejo Superior. Algunos de ustedes ya me conocen —dijo mirando de forma significativa a Víctor Malcon, el psiquiatra—. Para los demás, basta mencionar que no estoy acostumbrado a este tipo de proyectos. Soy principalmente el encargado de su seguridad mientras permanezcamos en Calastray Okuka y espero que me ayuden en mi cometido. Como saben, lo que hay que hacer es sencillo. En breve desembarcaremos en el nuevo planeta para estudiarlo y decidir si es o no habitable. No parece posible que tengamos contratiempos inesperados pero, de todas formas, recuerden que en ocasiones los instrumentos pueden no captar todo lo que ocurre o la información llegar deformada. Así que quiero una comunicación constante entre todos ustedes. Se les facilitará un dispositivo electrónico de pulsera, que llevarán puesto en todo momento. Indicará su posición y a través de él podrán comunicarse y pedir ayuda en caso de que sea necesario —y, tras una larga pausa, añadió—: ¿Alguna pregunta?

Nadie abrió la boca, aunque algunos se removieron incómodos en su sitio e intercambiaron miradas de desconcierto. Aquellas medidas suponían demasiadas precauciones.

El enviado del Consejo Superior se acercó entonces: un hombre pálido y delgado de aspecto enfermizo y vestido de gris cuya sonrisa parecía a Elizabeth falsa o estúpida. Lo único que sabía era que no le gustaba ni su aspecto ni su actitud y, por el gesto del nuevo coordinador, determinó que al krincoll tampoco le gustaba.

—Ya le dije, Grancia, que no tendría ningún problema.

—Sí, ya me lo dijo —respondió el krincoll.

Dumas Dadier, el historiador, que hasta entonces había permanecido bastante sereno y del que se decía que nada podía perturbarlo, se sobresaltó perceptiblemente ante las palabras del enviado del consejo. Elizabeth se preguntó entonces qué había provocado por fin que expresase algún sentimiento y si su evidente malestar podía deberse a la forma en la que aquel hombrecillo gris se había dirigido al coordinador. “Grancia” le pareció a la doctora un vocablo krincoll,

quizás alguna clase de título, pero sobre su verdadero significado únicamente podía conjeturar.

—Bien, señores —dijo el enviado—. Han sido sobradamente preparados para desarrollar de forma eficiente esta misión. La Federación y el Consejo Superior les agradecerán su esfuerzo y preocupación y espero que sus estudios, finalmente, den como resultado que este planeta es apto para su colonización e incorporación a la Federación. Ahora, pueden irse y prepararse para la partida. Les deseo mucha suerte en su cometido.

Hablando por lo bajo, los demás miembros del grupo comenzaron a alejarse. Elizabeth, por su parte, se quedó un instante inmóvil con la sonrisa del enviado del consejo grabada en la memoria al desearles suerte en su cometido. Era como si aquella frase y aquella sonrisa encerraran un doble sentido que no lograba entender. Aquel rostro sonriente la hizo reflexionar sobre cuál sería el auténtico objetivo de aquella expedición. De pronto sintió de nuevo sobre ella los helados ojos del coordinador y, tras devolverle la mirada brevemente, le dio la espalda y agarró con más fuerza la mano de Erika, dispuesta a revisar por tercera vez todo su equipo.

2. LA LLEGADA

*¿Y qué viste... ?
Vi el cielo más maravilloso
que jamás contemplé.
Vi grandes llanuras y desiertos
y eclipsantes amaneceres.
Vi otros soles, otras lunas
y en mi camino, otras estrellas...
Vi ante mí otra vida
pues estaba en otro mundo,
un mundo hermoso pero
cruel y mortal en su belleza...*

Algo mareada debido al movimiento irregular del transporte, Erika necesitó un rato para despejarse después de que la nave hubiera aterrizado, por fin, en aquel planeta. No solo ella precisó de ese tiempo, sino que el semblante de la mayoría de los tripulantes se veía algo pálido y preocupado. Sin embargo, no todo se debía al difícil aterrizaje. Casi todos pensaban que habían comenzado mal aquel viaje y que resultaba peligroso adentrarse en un mundo desconocido con dudas, quejas y malos entendidos.

Las compuertas se abrieron y con precaución posaron sus pies sobre la tierra amarillenta y cálida. Amanecía.

Rancan Lussie, ajeno al extraño y salvaje paisaje que lo rodeaba y acompañado por otros dos krincoll también encargados de la seguridad, se paseaba de un lado a otro verificando que todo, y todos, se encontrasen en perfectas condiciones. En total formaban un grupo de quince personas.

Cuando Erika salió del transporte de la mano de Elizabeth, quedó estupefacta ante el despliegue de colores de aquel brillante amanecer. De los dos soles, el amarillo era el de mayor tamaño, y en aquel momento su luz dorada deshacía las sombras de la noche e iluminaba el cielo cercano al horizonte. La niña contempló violetas, azules,

rosas y amarillos de tonos tan llamativos como nunca había visto. Y luego, el segundo sol despertó y aparecieron los rojos y los naranjas. Para entonces, había suficiente luz para observar el lugar en el que habían aterrizado: un desierto pedregoso de irregulares formas con escasa presencia vegetal; solo algunas briznas de hierba reseca que, sin embargo, parecían reverdecer rápidamente bajo los rayos de los soles.

Al darse la vuelta, Erika se dio cuenta de que no era la única que observaba aquel espectáculo con admiración. Muchos de los integrantes de la expedición permanecían inmóviles con el rostro vuelto hacia el cielo. Quizás, como ella misma, se habían formado una imagen fría y desagradable del aquel lejano lugar y ahora se percataban de su error.

—¿Estás bien, Erika? —preguntó Elizabeth.

La niña cabeceó afirmativamente con gesto ausente.

—Bueno. Escúchame bien, ¿vale? No te separes de nosotros. No sabemos con lo que nos podemos encontrar.

Erika volvió a asentir y esta vez girando la cabeza hacia ella como para hacerle saber que lo había entendido.

Elizabeth soltó un suspiro de resignación. Aquella niña la perturbaba y no apostaba nada por que siguiera sus indicaciones. Pensó en buscar al ayudante del doctor Sossa, el físico, para que la vigilara. Pero todos empleaban a aquel joven de unos catorce años en muy variadas tareas y, finalmente, Elizabeth supuso que en aquel momento se hallaría más que ocupado, así que decidió confiar en Erika y, tras un gesto severo con la cabeza, que pensó incitaría a la obediencia, se alejó para poner en orden su equipo.

Erika se quedó allí un rato observando a su alrededor los esfuerzos para descargar el equipo que habían traído. Unos transportaban fuera de la nave grandes contenedores metálicos sobre plataformas flotantes, mientras que otros comprobaban el contenido de cada uno.

El krincoll Rancan Lussie se encontraba cerca. Se dirigió a su encuentro con curiosidad.

Rancan interrogaba al doctor Sossa, un hombre maduro y casi calvo, de piel morena.

—¿Condiciones ambientales?

—En eso no hay ningún error —respondió el físico tras revisar unos papeles que sostenía en la mano—. Los informes son correctos. El aire es respirable y está limpio. Mucho más que el de otros planetas que ya querrían conseguir tal pureza.

—No obstante, hay algo extraño —intervino Eduard, el meteorólogo, con timidez—. No sé aún cómo clasificarlo pero en este planeta hay algo inestable.

—¿Inestable? —repitió Rancan volviéndose hacia él.

Ante el escrutinio, el meteorólogo, un hombre joven, delgado y con un rebelde pelo castaño que solía caerle sobre los ojos, se encogió e incluso tartamudeó un poco al responder.

—No... no puedo decir qué es lo que me preocupa exactamente. Creo que deberíamos prepararnos para posibles eventualidades. No me gustan los datos de temperatura y presión que muestra el ordenador —concluyó bajando la mirada hacia la pantalla del equipo portátil abierto sobre sus rodillas.

Rancan se mantuvo un momento en silencio, fija su atención sobre el meteorólogo.

—Está bien —soltó finalmente—. No se preocupe, Eduard, y continúe investigando esas irregularidades. Usted, Sossa, venga conmigo. Al parecer Natacha tiene problemas.

Natacha, la especialista en informática, una mujer robusta, de pelo corto y vestida siempre con una blusa y pantalones grises con muchos bolsillos, se hallaba cerca, así que Erika no tuvo que recorrer demasiado trecho para informarse de cuál era el problema que Rancan había mencionado.

El coordinador, seguido por Sossa, pasó por delante de ella sin detenerse, pero Erika sintió que aquellos inquietos ojos felinos se posaban sobre ella un instante, estudiándola de nuevo con especial interés, como esperando encontrar una marca, una pista que le revelara sus secretos.

—Coordinador, le esperaba —dijo Natacha—. Hay algo que obstaculiza la comunicación. En realidad hay algo en este planeta que dificulta el funcionamiento de los aparatos electrónicos.

—¿Las interferencias son muy graves?

—Por ahora no, pero no sabría decirle si más tarde funcionarán debidamente. Quizás no podamos fiarnos al cien por cien de los resultados que arrojen.

Rancan se dirigió a Sossa.

—Usted es físico. ¿Qué puede haber en un planeta para que se alteren de tal forma la mayoría de los aparatos?

—Pues... eh... una fuerte fuerza magnética, un gran yacimiento de mineral o... —balbuceó el hombre abstraídamente— ...una

concentración de energía. Sí. ¡Eso es! —concluyó como si hubiera resuelto un enigma—. El color... Fíjese en este amanecer. Demasiados colores, demasiada vida. Quizás este planeta se revele rebosante de algún nuevo tipo de energía.

Rancan Lussie se giró hacia la experta en comunicaciones.

—Puede ser —concedió ésta, no muy convencida.

—¿Y puede ajustar los instrumentos para que soporten la concentración?

—Pues... creo que sí.

El krincoll permaneció callado, impasible, exigiendo una respuesta más firme.

—Sí, sí, puede hacerse —confirmó la mujer algo alterada—. Pero he de saber a qué clase de energía tengo que ajustarlos, si es que es eso lo que los estropea.

—Bien. Sossa, usted intente concretar a qué se debe esta alteración y mientras tanto, Natacha, haga lo posible por mantener los instrumentos en funcionamiento, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron y Rancan les dio la espalda para dirigirse hacia una mesa desplegable donde un hombrecillo bajo y rechoncho se concentraba en el estudio de varios mapas. Erika lo siguió.

—¿Y bien? ¿Algo que informar? —preguntó el coordinador al llegar hasta él.

Patril, el topógrafo, que no se había percatado de la cercanía del coordinador, se irguió con tal sobresalto que varios mapas se deslizaron hasta el suelo.

—Oh, Lussie... Pues... —y con dificultad se inclinó para recoger los mapas.

—El material del que dispone —comenzó a decir Rancan con un deje de impaciencia en la voz— ha sido confeccionado a partir de los datos transmitidos hace algunas semanas por las sondas, pero Natacha acaba de comunicarme que puede que se hayan cometido errores.

—A lo mejor por eso no entendía por qué... esto es...

Incluso para Erika fue evidente que Patril había perdido el hilo de lo que decía y de nuevo se había quedado absorto en los mapas.

—¿Qué es lo que no entendía? —acabó inquiriendo el krincoll al cabo de un momento.

—¿Qué? Oh, disculpe, coordinador. Ésta —dijo el topógrafo seleccionando un mapa de los muchos que había sobre la mesa— es la

zona en la que hemos aterrizado: cuadrante 5-16. Según los datos recogidos, se trata de una región estable, despejada, con una masa de vegetación al Sur y una cadena montañosa de escasa altitud al Este. Todo indicaba que se trataba del lugar adecuado para establecer el campamento base.

Erika observó como Rancan se inclinaba sobre la mesa y se estiró todo lo que pudo. Aún así, no alcanzó a distinguir, desde la distancia a la que se hallaba, lo que ambos hombres estudiaban. Lanzó un chistido de frustración.

—Y este otro —siguió Patril alisando torpemente un gran folio arrugado—. Es... bueno... Me entretuve estudiando un poco por mi cuenta el lugar en el que aterrizábamos mientras se realizaban los últimos preparativos para el desembarco. Ya sabe, desde la nave. Hummm, a ver.... Es que son muy diferentes, coordinador. No hay montañas ni vegetación. Solo roca dura, un gran desierto de cientos de kilómetros con algunas quebradas profundas en vez de montañas.

—¿Afirma usted que se trata la misma zona? —preguntó Rancan.

—Así es. ¿Cómo puede cambiar todo el relieve en unas pocas semanas?

El krincoll torció la boca en una mueca de sonrisa.

—Usted es el experto. Cuando lo averigüe, dígamelo.

El topógrafo enrojeció.

—Póngase a trabajar y manténgame informado —se despidió el krincoll—. Voy a ver si ya se ha descargado el equipo y el transporte puede partir.

Elizabeth echó un vistazo de reojo por quinta vez a los dos krincoll que ayudaban y controlaban la descarga. No le gustaban. En realidad no le gustaba casi nada de aquella expedición y se sorprendió en varias ocasiones con los ojos fijos en aquel cielo brillante y multicolor, ahora deslumbrante de colores pastel, temiendo tontamente que la Estrella Oscura pareciera, vigilante, sobre su cabeza. Necesitaba con urgencia algo de serenidad.

Cansada y dolorida, se incorporó después de revisar sus instrumentos médicos y frascos de medicina.

—Por fin —dijo en voz alta sin darse cuenta y buscó a Erika girando la cabeza hacia los lados. Esperaba que no anduviera lejos y, sobre todo, que no se hubiera metido en líos.

Otra persona contemplaba a los krincoll con especial interés y sin ningún disimulo. Era Dumas Dadier, el arqueólogo, especialista en culturas exteriores. Aquel, se dijo Elizabeth, sí que era un hombre demasiado mayor para realizar una expedición como aquella. Sin embargo, nunca se quejaba. Quizás no era tan viejo como aparentaba. ¿Por qué no se había relacionado más con él durante el periodo de entrenamiento? ¿Qué sabía Dumas sobre esos krincoll?

Tomó su decisión y se le acercó despacio.

—¿Le molesto?

Dumas se volvió hacia ella sobresaltado, pero al cabo de un instante sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—No, no molesta —respondió desviando su atención de nuevo hacia los krincoll.

Rancan se había unido a aquellos y conversaban.

—Tampoco a usted le gustan los krincoll, ¿verdad? —comentó Elizabeth.

El anciano tardó en contestar, tanto, que la médica creyó que no le respondería.

—Los krincoll me son indiferentes, doctora Santana —dijo finalmente.

—¿Por qué entonces pareció impresionado cuando el enviado del Consejo llamó al nuevo coordinador “Grancia”?

El hombre la taladró con sus pequeños ojos azules, esta vez con un destello de contrariedad en ellos.

—Me di cuenta perfectamente de su reacción cuando ese tipo le dio tal tratamiento —insistió ella—. ¿Qué es lo que sabe sobre eso? ¿Qué significa?

—Yo no sé nada y usted debería interesarse exclusivamente en sus propios asuntos.

—Todo lo que tenga algo que ver con esta expedición es asunto mío. Durante los últimos tres años he vivido para participar en una misión como ésta y, cuando lo consigo, son muchas las dudas y pocas las satisfacciones que me ofrece. ¡Así que no me diga que no me meta! Enviar a tres krincoll a un planeta desierto, solitario y sin interés, encargados de la seguridad, haría pensar a cualquiera. Sabe tan bien como yo que pertenecen a una raza con privilegios, una raza con poder. Su presencia aquí es sospechosa, a falta de una palabra mejor. Si sabe algo dígamelo. Somos un equipo, ¿recuerda?

El rostro de Dumas se contrajo en una mueca. Elizabeth esperó impaciente una respuesta.

El arqueólogo se volvió de nuevo hacia los krincoll que, descargada la totalidad del material, se retiraban unos pasos y le daban la orden a la nave para abandonar el planeta.

—Grancia equivale a la posesión de un alto grado militar y elevada posición social —comenzó a decir el arqueólogo observando del despegue—. Para llegar a tal puesto y alcanzar tan importante cargo, es imprescindible un gran dominio de las habilidades de la raza además de pertenecer a una familia noble. Se ha de estar en uno de los niveles más altos dentro de la civilización krincoll, doctora Santana, y supongo que ya sabe lo que eso significa.

Elizabeth silbó por lo bajo.

—Pero ¿por qué alguien de tal jerarquía iba a hacerse cargo de esta expedición?

—Hemos caído en una trampa —le espetó Dumas Dadier, mientras la nave que los había transportado hasta allí desaparecía en el cielo.

La respiración del arqueólogo se aceleró y su voz disminuyó de volumen hasta convertirse en un susurro.

—Hay algo en este planeta... Nos encontramos en un lugar peligroso.

—¡Dumas!

Elizabeth no pudo evitar gritar su nombre cuando su compañero se tambaleó y cayó desvanecido. Se arrodilló junto a él y le tomó el pulso. Enseguida, intentó reanimarlo. Tenía que alcanzar su equipo médico.

Su exclamación alertó a Rancan y a sus hombres, que se acercaron deprisa.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el coordinador.

—No lo sé. Estábamos hablando y de pronto se ha desmayado. Necesito mi maletín.

—Acuos irá a buscarlo. ¿Dónde lo ha dejado?

—Pues...

Elizabeth dudó. ¡Todavía estaba todo tan desordenado!

—Es más fácil y rápido que vaya yo. ¡Quédense con él!

Sin esperar respuesta, la doctora se marchó y, tras recoger cuanto necesitaba, volvió junto a Dumas con la mayor rapidez de la que capaz.

—¿Tiene alguna idea de qué puede haberle provocado este desmayo? —quiso saber el coordinador pasados algunos minutos.

—No —contestó la doctora sosteniendo sobre la frente de Dumas una compresa fría—. Quizá el cansancio, los nervios de los últimos días... Ver alejarse nuestra única vía de escape, a lo mejor. No sé.

Ante sus últimas palabras, Rancan alzó una ceja mientras la doctora revolvía el contenido del maletín, elegía un frasco, leía la etiqueta, lo desechaba y seguía buscando. Rancan pareció a punto de hablar, cuando el arqueólogo comenzó a recuperarse.

—¿Qué ha pasado...? —murmuró Dumas abriendo unos ojos llenos de confusión, que de improviso se llenaron de miedo—. Oh, doctora... Aquí... aquí hay...

—Calle, calle —interrumpió Elizabeth—. No intente realizar ningún esfuerzo. Necesita reposo. Voy a mantenerlo en observación hasta asegurarme de que su desmayo no es debido a otra cosa que agotamiento, ¿de acuerdo? Su ritmo cardíaco está muy acelerado. Voy a suministrarle un calmante.

—Pero es que... no estamos seguros... no...

—Manténgase echado. Así. Pronto se sentirá mejor. No se altere.

Elizabeth eligió por fin uno de los frascos y mientras preparaba la dosis, levantó la cabeza un instante y se dirigió al coordinador.

—Me va a hacer falta una tienda provisional donde este hombre pueda recuperarse.

—Claro, por supuesto.

Con un gesto, Rancan ordenó a los otros dos krincoll que cumplieran la petición.

A pesar de la leve resistencia de Dumas, Elizabeth le suministró la medicación y procedió a monitorizar sus constantes vitales en un pequeño equipo portátil. Hubiera querido hacer algo más para paliar la incomodidad del arqueólogo, pero debía esperar a que se montara la tienda.

Cuando se hubo asegurado de que la droga había surtido efecto y que el corazón del arqueólogo volvía a latir a un ritmo normal, se relajó y comenzó a ordenar el interior del maletín.

—Ha actuado con rapidez y eficacia, doctora Santana —afirmó el coordinador.

—Ése es mi deber —y, tras un instante de duda, agregó, mirando al krincoll a la cara—: ¿Cuál es el suyo?

Rancan sonrió.

—Protegerla. Protegerlos a todos.

—¿De un planeta vacío y solitario?

—Quizá deba protegerlos de ustedes mismos.

—Quizá —coincidió Elizabeth.

3. ¿SOLOS?

*Vedados ojos me miran.
Oigo silenciosas pisadas.
Esperaba estar sola
y, en cambio, estoy acompañada.
Me hablan sin voz.
Me tocan sin manos.
Cuando aparezcan sus dueños...
¿Estaremos a salvo?*

Erika se aburría. Aquel había sido un día duro para todos los integrantes de la expedición y a ninguno de ellos parecía sobrarle tiempo para malgastarlo en una niña. Tan solo le sonreían cálidamente al pasar por su lado y volvían a su trabajo. Incluso Elizabeth se hallaba muy ocupada y únicamente le había dedicado los minutos necesarios para ponerle la pulsera en la muñeca. No le gustaba. Según le había dicho la doctora, todos llevaban una de esas, frías y metálicas, por si desafortunadamente se perdían, pero Erika pensaba que aquel era un modo como otro de mantenerlos controlados. Solo eso.

Se encontraba sentada a escasos metros del campamento iluminado por luces artificiales. Sabía que tenía que volver pronto si no quería que Elizabeth comenzara a preocuparse y la llamara a gritos, pero la noche era hermosa y no le apetecía moverse. El cielo estaba lleno de estrellas y una enorme luna plateada con vetas azules había aparecido en él. Ahora una segunda luna, algo más pequeña y oscura, se perfilaba débilmente al lado de la primera. A Erika aquel espectáculo le pareció maravilloso y supo que todo aquello le habría gustado a su madre. De nuevo se sintió incómoda al pensar en ella porque, aunque la echaba de menos, notaba sus sentimientos amortiguados por una barrera cuyo origen no lograba identificar. Recordó que cuando Elizabeth, la amiga de la que su madre le había hablado, llegó para llevársela, comentó sorprendida su fortaleza de ánimo al no encontrarse una niña llorosa y desmoralizada. Desde entonces

a veces notaba como la doctora la observaba como si estuviera ante un ser de otra especie.

¿Qué la diferenciaba tanto de los demás? Porque si algo había confirmado era que esas diferencias existían.

Erika entrecerró los ojos, concentrada, en un intento de penetrar en la oscuridad. ¿Algo se había movido? De repente la noche no le pareció tan placentera; las sombras se le antojaron amenazadoras y la luz de las lunas, fantasmal. Alguien la observaba. Lo sabía. Su madre también le había hablado de unos dones especiales con los que había nacido. Nunca le explicó en qué consistían exactamente pero a veces podía percibir detalles que los demás pasaban por alto y, sobre todo, reconocía perfectamente cuándo era objeto de miradas demasiado intensas.

¿Algo o alguien se arrastraba entre las sombras o la ligera brisa que se había levantado se complacía en engañarla?

Entonces sí que escuchó con claridad unos pasos a su espalda y se levantó de un salto.

—Tranquila, pequeña —se apresuró a decir uno de los acompañantes de aquel Rancan—. Soy un amigo. Me llamo Acuos. ¿Cuál es tu nombre?

—Erika —respondió ella resentida—, y me has asustado.

—Lo siento. No era mi intención, créeme. A mi compañero y yo —dijo, mientras el otro krincoll se acercaba— nos encargaron asegurar el perímetro y nos sorprendió encontrarte aquí. ¿Qué haces, tan sola?

—Contemplo las estrellas.

En la frente de los krincoll aparecieron arrugas, pero permanecieron en silencio ante aquella niña de pelo dorado como el sol del mediodía y que aún bajo aquella luz soltaba destellos.

Erika se giró de nuevo hacia la noche y después hacia ellos.

—Alguien me espiaba.

—¿Qué?

—Alguien ha estado espiándome desde allí —repitió Erika, señalando hacia la oscuridad—. Pude sentirlo.

Acuos y su compañero intercambiaron una mirada.

—¿Estás segura, niña? —preguntó Acuos.

Erika apretó los labios.

—Algo o alguien extraño se acercaba al campamento. Si no me cree, compruébelo usted mismo —dijo cruzándose de brazos—. Mi

padre siempre decía que los krincoll eran una raza guerrera de increíbles habilidades, así que si miento, lo sabrá.

Acuos se removió en el sitio con creciente incomodidad. Como su jefe antes que él, comenzaba a notar en aquella humana los resultados de peligrosas y clandestinas alteraciones genéticas. Se preguntó de cuál de las diversas Comunidades Gen que operaban en toda la Federación era producto aquella criatura.

—Tú quédate aquí —ordenó finalmente a su compañero, quien se limitó a asentir, aproximándose más a Erika.

Acuos se encaminó despacio hacia la zona indicada recurriendo a su poder mental. Amplió sus sentidos y analizó su entorno.

No tardó mucho en regresar. Su rostro no reflejaba nada bueno.

Rancan se detuvo a la entrada de la tienda en la que la doctora Santana había atendido a Dumas Dadier, el anciano arqueólogo. Aquel hombre le inquietaba, y no menos la mujer. No se sentía a gusto con aquella situación. No acostumbraba tratar con civiles y estudiosos, con eruditos que exponían el tipo de preguntas que nunca formularía un soldado, y, a pesar de lo comunicado por el Consejo, tenía la impresión de que enviarlo a semejante lugar solo había respondido a una estrategia para quitarlo de en medio.

Se preguntaba, además, si era correcto interesarse por la salud de aquel hombre y si con su interés levantaría más suspicacias. ¿Acaso importaba? Nunca sospechó que aquella misión podría proporcionarle tantos problemas en tan poco tiempo.

Aún debatía sobre entrar o no, cuando Elizabeth, saliendo de la tienda con precipitación, chocó contra él, dejando caer lo que llevaba.

—¡Por Dios! —exclamó sobresaltada—. Lo... lo siento. No lo vi —logró decir más tarde mientras Rancan recogía del suelo el historial médico.

—No se preocupe. Quizá he tenido yo la culpa. Tome —dijo pensando que aquel había sido un día muy duro y que tenía que dejar de titubear ante cosas tan estúpidas. Solo se encontraba cansado y contrariado por el repentino cambio de planes, nada más. Su destino original era bien distinto—. ¿Son éstos los resultados de las pruebas realizadas a Dumas?

—Sí —respondió la doctora más calmada—. Físicamente no tiene nada. Como en un primer momento supuse, el desmayo fue

producto del cansancio o de los nervios. Quizá se sienta ansioso por algo. Iba a consultarlo con el psiquiatra. Conozco a Malcon desde hace algún tiempo y pensé que él podría ayudar. No quiero que por mi causa se presenten complicaciones.

—Es muy previsor.

—Gracias. Escuche, ¿no ha visto a Erika? Es tarde y ya debería estar aquí.

Rancan permaneció un momento callado.

—No creo que le haya ocurrido nada —respondió al fin—. Pero, no obstante, comprobaré su posición, si lo desea —y sacando de un bolsillo de su abrigo oscuro un pequeño aparato cuadrado, lo desplegó.

—Erika permanece dentro de los límites del campamento —dijo, enseñándole los puntos luminosos de la pantalla que identificaban a cada miembro de la colonia—. Se mueve, acercándose. Pronto la tendrá de vuelta.

—Menos mal. No sé cómo hacerle entender que no se aleje demasiado.

—No es su hija.

—No.

—¿Quiénes eran sus padres?

La expresión del rostro de Elizabeth se enfrió.

—Solo cavilaba acerca de la razón que la ha llevado a aceptar a esa niña y traerla hasta aquí —señaló el krincoll—. El informe dice que prácticamente se vio obligada a arrastrarla consigo a pesar de los inconvenientes.

—Hay deudas que se tienen que pagar, coordinador. Les debía mucho a sus padres y no podía desentenderme del único favor que me pidieron —Elizabeth entrecerró los ojos—. ¿Hay algo más, aparte de lo que figura en el informe que desee saber?

Antes de que Rancan Lussie pudiese responder, oyeron pasos que se acercaban. Ambos se giraron en dirección a los dos krincoll y a Erika, a su lado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué la traen ustedes? —preguntó Elizabeth.

—No pasa nada, doctora. Disculpe —contestó uno de ellos, llevando aparte al coordinador.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar Elizabeth mientras se agachaba hasta quedar a la altura de la chiquilla—. ¿Estás bien?

Erika cabeceó afirmativamente.

—Sí, Eli. Vi a alguien cerca del campamento. No pertenecía a nuestra expedición.

—¿Qué?

—Doctora —la llamó Rancan.

—¿Sí?

—Deje su entrevista con Víctor Malcon para mañana —le ordenó al acercarse—, métase en la tienda y no salga si no es imprescindible.

—Pero, ¿por qué?

—Acuos ha descubierto indicios que confirman lo dicho por Erika.

—No lo comprendo...

Rancan resopló con impaciencia. Su expresión, calma pero contrada, hizo que la doctora se interrumpiese.

—Gracias —respondió éste secamente cuando quedó claro que Elizabeth no formularía más preguntas.

No había sido su intención, pero finalmente se había dormido. Elizabeth despertó justo para asistir a otro estupendo amanecer. Erika y Dumas aún dormían. ¿Qué habrían descubierto los kringcoll? La presunción de que aquel planeta no estaba desierto debía ser comunicada. Una cosa como esa no podía mantenerse en secreto. Había que hacer algo.

Al parecer, la mayor parte de los miembros de la colonia ya se hallaban en pie y enterados de lo que ocurría.

Rancan hablaba con el biólogo.

—Este planeta no parece tan muerto como creíamos —decía el especialista—. Hay vida animal aquí.

—Y otras especies más peligrosas también —agregó la especialista en Botánica, a su lado.

—¿Qué sucede? —inquirió la doctora Santana, aproximándose.

—Ah, Elizabeth, eres tú. ¡Qué susto! El coordinador y los otros dos kringcoll han descubierto algunas huellas fuera del campamento. Creen que pertenecen a gohran.

La doctora se quedó de piedra. Eso era lo único que le faltaba.

—Bien, no hay que perder la calma —dijo Rancan—. Patril ¿qué cree?

—Yo... Bueno, creo que este lugar resulta tan adecuado como cualquier otro para establecernos —contestó el topógrafo con voz algo insegura.

—No tiene buen aspecto. ¿Se siente mal?

—Yo... ¿Es que no se dan cuenta? —preguntó muy nervioso—. Miren a su alrededor. ¿No ven nada extraño?

Casi todos le obedecieron. Rancan, en cambio, no se movió. De los demás, la botánica fue la primera en expresar su asombro.

—¡Dios! —exclamó—. Ayer no había aquí ninguna planta, ¿verdad? —preguntó señalando algunos brotes aquí y allá, y unos matorrales más lejos.

Se inclinó sobre uno de ellos con curiosidad profesional.

—Así es, no las había —intervino Patril—. En este lugar todo cambia con suma rapidez.

—Eso no supone un grave problema —dijo Rancan.

—¡Este planeta es inestable! —exclamó el meteorólogo.

—Eso aún no lo sabemos, Eduard —contestó el coordinador con aplomo—. Su misión consiste en estudiarlo y encontrar las diferencias respecto de lo que ya conocemos. Ése es su trabajo. El de todos ustedes.

—Pero si en verdad hay gohran, ¿cómo se supone que vamos a defendernos? —preguntó Natacha, la informática.

—Ésa es, precisamente, mi tarea.

—Qué predictor el Consejo al intuir algo como esto y enviarlo a usted en vez de a Lucas Yassar.

Rancan desvió sus ojos hacia Elizabeth. La observó un rato y luego sonrió.

—Sí, toda una suerte.

—Esta planta parece normal —dijo entonces la botánica, terminado su examen—. No obstante, crece a un ritmo maravillosamente acelerado. Fíjense, rebosa vida, energía.

—Ésa es la cuestión. Energía. Sí, un exceso de energía —intervino Sossa.

—Bien, acaben de instalarse porque no nos moveremos. Continúen con su trabajo y despreocúpense. Todo estaba previsto —concluyó Rancan.

Los reunidos se dispersaron; la doctora comenzó a alejarse arrepentida de haber abierto la boca. ¿Acaso no era capaz de mantenerse callada?

—Espere, doctora. Quiero hablar con usted.

Elizabeth se detuvo y se vio obligada a volverse.

—Solo intento hacer las cosas lo mejor posible —dijo Rancan—.

¿Me comprende?

—Sí, claro. Discúlpeme. No quería dar a entender nada. Me siento algo nerviosa.

—Ya. Pues no intente repartir su intranquilidad por ahí. Guárdese sus pensamientos para usted.

En otras circunstancias el sentido común se habría impuesto y Elizabeth se hubiera tragado sus palabras. Pero aquella mañana, no había manera de parar su lengua.

—¿Qué se cree usted? —replicó—. No se encuentra entre soldados, ¿sabe? No puede llegar y tratarnos como estúpidos. ¿Acaso cree que pertenecer a una raza privilegiada le da derecho a mentirnos? El Consejo Superior nunca hubiera enviado a tres krincoll para custodiar a un grupo de científicos en un planeta vacío. ¡Dios! Es tan obvio. ¡Hay algo raro! Yo sé cuál es mi misión. Pero la suya ya no está tan clara y odio las sorpresas. Y ahora, perdóneme. Tengo mucho que hacer.

Le dio la espalda con brusquedad y se marchó, presintiendo que había cometido una tontería. Rancan siguió observándola mientras se alejaba.

Lo cierto era que tenía razón. Todo era muy evidente.

Cuando Erika despertó se hallaba sola. Dumas se había marchado y Elizabeth también. Salió de la tienda.

Los soles brillaban como en un día de verano. Erika alzó la frente hacia el cielo, con una sonrisa. De pronto, una silueta se recortó contra el horizonte. ¿No era aquel el viejo arqueólogo? ¿No estaba enfermo? ¿Por qué se alejaba del campamento? ¿Acaso no sabía que eso era peligroso? Sin meditarlo, Erika comenzó a seguirlo. Al mismo tiempo, no apartaba la atención del paisaje. ¡Qué bello era! Lleno de contrastes y exquisito colorido. ¡Tan vivo!

Al poco perdió de vista a Dumas, aunque no le importó. Tuvo la certeza de que ambos se dirigirán al mismo lugar, fuera éste el que fuese, y que pronto volverían a encontrarse.

—¡Coordinador!

Rancan se volvió. Elizabeth corría hacia él.

—Doctora, ¿qué ocurre?

—Erika se me ha escapado una vez más. La he buscado por todas partes y no la encuentro —jadeó Elizabeth—. Tampoco a Dumas. Nadie los ha visto.

—Tranquilícese.

Rancan se apresuró a manipular aquel aparato cuadrado y soltó lo que pareció una maldición en krincoll.

—¿Han salido del campamento? —inquirió Elizabeth—. ¿Dónde están?

—Acuos, te dejo al mando —soltó el krincoll, ignorándola—. Cuidaos en mi ausencia y vigilad bien el recinto.

—Pero... ¿a dónde va? —preguntó ella.

—A buscarlos, doctora, a traerlos de regreso. Y espero que en adelante se ocupe mejor de sus obligaciones. Uno es su paciente y otra, su responsabilidad.

Elizabeth debió realizar un tremendo esfuerzo para no responderle como pensaba que se merecía. En lugar de eso se limitó a afirmar:

—Le acompaño.

—Imposible.

Rancan se acercó a un grupo de maletas protegidas por un escudo de energía, que desactivó. Abrió una de ellas y se dispuso a montar un arma.

Armas... Elizabeth se dejó llevar de nuevo por las especulaciones. El coordinador ya no podría negarle que ocurría algo extraño. Pero lo importante en aquel momento era otra cosa. Hacía tanto tiempo que no las usaba, que esperaba no equivocarse. Se acercó a una maleta y escogió una de las armas.

—Una V-40 —dijo mientras la montaba con la habilidad de la experiencia—. Láser, precisión milimétrica, 500 descargas, solar. Efectiva, mortal y fácil de manejar. Ideal para este planeta —concluyó mientras buscaba la funda.

Rancan enarcó una ceja.

—¿He pasado por alto algo en su ficha?

Elizabeth sonrió tristemente.

—Hay algunas omisiones en ella.

—¿Sabe lo que eso significa?

—¿Qué dejo de ser una ciudadana respetable?

Rancan siguió mirándola con fijeza. Alta y esbelta, de pelo y ojos oscuros, en aquel momento aquella mujer aparentaba menos de los treinta y dos años que señalaba su expediente, y desde luego, con aquella arma en la mano, no se asemejaba para nada a la idea que tenía de un médico.

—¿De veras sabe lo que hace? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí. No creo haber perdido práctica. Este es el nuevo modelo. Un minuto y medio en renovar energía. No necesito la mira telescópica —contestó apuntando hacia el cielo abierto con aire profesional—. Le acompaño.

Bajo el escrutinio del krincoll, la doctora se sintió algo incómoda y no solo por aquella penetrante mirada. Creía, de verdad había creído, que había dejado aquellos años atrás, olvidados en el recuerdo. Pero ahora... ¿era tan fácil retomar sus antiguas costumbres! Tan fácil perderse de nuevo en aquel mundo.

—Como quiera —respondió finalmente Rancan—. Chiraka, usted tiene entrenamiento militar, ¿no es así? —preguntó de improviso volviéndose hacia Joseph, que observaba la escena a escasa distancia, haciendo que Elizabeth se sobresaltara.

El lingüista asintió.

—Pues ya que no tiene nada que hacer, estimo conveniente que nos acompañe. El asunto podría complicarse.

—Cla-claro, coordinador —tartamudeó éste.

El camino, si es que seguía alguno, se volvía cada vez más complicado. Se encontraba en una zona rocosa en la que resultaba difícil andar, salpicada por algunas plantas que no se parecían a nada que Erika hubiera visto hasta entonces. No obstante le parecieron frágiles y bonitas en su rareza. Había resbalado varias veces y en una ocasión una piedra suelta que rodó varios metros la previno de un suelo poco estable dominado por tierras movedizas. Comenzaba a tener sed y se encontraba cansada. Finalmente acabó por preguntarse cuál había sido su intención al alejarse del campamento y lo que la había impulsado a hacerlo.

A pesar de sus dudas, no se detuvo ni retrocedió. Siguió adelante hasta que oyó ruidos y voces. Allí, a decenas de metros de profundidad, en el fondo de un cañón, se hallaba Dumas, arrodillado. Lo rodeaban seres de piel dura y escamosa, en tonos verdes.

Erika se quedó helada. Su padre se había entretenido en describirle los rasgos de las distintas razas federadas y las salvajes, que se resistían al dominio de la Federación. Conocía a aquellos seres siniestros y crueles, de ojos amarillos y pupila alargada como reptiles y manos semejantes a garras. La mayoría llevaba el largo cabello oscuro recogido en una coleta alta. Eran gohran.

De pronto se encontró observando directamente la cara de uno de ellos y, un segundo después, todas las miradas de los de allí abajo confluían en ella, perfectamente visible al pie del cañón. No son tan distintos de los humanos, pensó. Más fuertes quizás, más brutales... Tan solo su aspecto era diferente.

Incapaz de apartar los ojos, aún seguía inmóvil frente a aquel rostro cuando éste sonrió. Erika retrocedió un paso ante aquellos dientes afilados y diminutos, excepto por los desarrollados colmillos, que incluso a aquella distancia se destacaban poderosamente.

—¡Corre!

La sobresaltó el grito desesperado de Dumas, que se enfrentó a sus captores con renovada energía, hasta que un fuerte golpe en pleno rostro lo dejó tendido en el suelo. Después, aquel gohran monstruoso pronunció unas frases en una lengua gutural que desconocía y que le pareció horrible, y algunos de los demás comenzaron a trepar por el acantilado a enorme velocidad.

No pudo evitar una exclamación de espanto y por primera vez obedeció sin rechistar. Corrió como nunca hasta entonces, con todas las historias que había escuchado sobre aquellos seres resonando en su memoria. Resbaló y cayó, pero volvió a levantarse. Oía tras ella a sus perseguidores, más rápidos y más fuertes. No tenía posibilidad alguna de escapar. No conocía el terreno y se mostraba torpe y lenta a pesar de sus esfuerzos. Se le saltaron las lágrimas al percatarse de las risas a su espalda. En su alocada huida, tropezó una vez más y ya no encontró el ánimo suficiente para ponerse de pie. Uno de ellos se plantó frente a ella, sonriendo. Era la misma sonrisa ácida que la había saludado desde el fondo del cañón.

Habían caminado durante horas y Elizabeth comenzaba a plantearse cómo era posible que una niña hubiera avanzado tanto, cuando escucharon los gritos. Aquel sonido casi le paralizó el corazón. ¿Sería Erika?

Joseph dio un respingo a su lado, con expresión atemorizada. Rancan, por su parte, se detuvo un instante, concentrado.

—Vamos. Por aquí.

El krincoll avanzaba por aquel terreno abrupto con gran destreza; la doctora lo seguía de lejos a duras penas, con el doble de esfuerzo. La mochila que llevaba a la espalda le pesaba y no comprendía cómo Rancan cargaba la suya con tanta facilidad. Joseph, por su parte, un poco más rezagado, meneaba preocupado la cabeza.

Erika soltó un nuevo grito cuando el gohran la cogió por los cabellos dorados y la obligó a ponerse en pie con brutalidad. Con una uña afilada le rozó la mejilla hasta que brotó, dolorosamente, la sangre, mientras su sonrisa se acentuaba. Comentó algo a sus compañeros, en aquella lengua tan rasposa y gutural, que produjo más risas.

¿Qué era lo que los gohran hacían con niñas como ella? Erika comenzó a llorar y a temblar con violencia.

De pronto una sola palabra a su espalda consiguió que sus captores dejaran de burlarse. Aquello había sonado como una orden y tras ser pronunciada se hizo el silencio. Las sonrisas desaparecieron de los rostros que la rodeaban. El semblante del que la mantenía agarrada se transformó en una máscara cruel rebosante de odio y de... ¿temor? Después, sus labios se curvaron en una mueca, tan solo una sombra de verdadera sonrisa, tensa y llena de desprecio, antes de comenzar a hablar en aquel idioma que no entendía:

—«Yo la encontré. Me pertenece».

—«Estás equivocado. Vino con los extranjeros. Déjala ir» —respondió el desconocido interlocutor.

En aquel momento, Rancan Lussie apareció en la periferia de la visión de Erika, a lo lejos. La niña pensó que el coordinador actuaría, pero no hizo sino detenerse con expresión estupefacta. Otras personas llegaron tras él, pero Erika no pudo identificarlas porque quedaron a su espalda. Una de ellas soltó un grito ahogado. No era para menos: en un planeta que, según toda la información disponible, se hallaba deshabitado, aparecían criaturas; incluso, tal vez, de diferentes razas.

Su captor ni siquiera se volvió hacia los recién llegados, con la atención fija en aquel con quien hablaba. Los demás gohran a los que podía ver tampoco habían desviado sus ojos del desconocido.

La ira contraía el rostro del gohran que la mantenía prisionera. Durante un momento la agarró con más fuerza y luego la lanzó a un lado con ardiente furia.

Cuando cayó, varios metros más allá, el golpe la dejó sin respiración y un fuerte dolor le recorrió el hombro derecho. Intentó no moverse mientras el suelo y el cielo parecían fundirse ante sus ojos llorosos.

El gohran se adelantó unos pasos.

—«¡Maldito seas! Este planeta es nuestro. Algún día, Ahicodem, te veré muerto».

Aunque ella no comprendía sus palabras, la voz de aquel gohran sonaba cada vez más fuera de sí. Erika reunió la fuerza necesaria para mirar al fin al desconocido que tanto hacía enfadar al salvaje. Creyó que sus ojos la engañaban.

Rancan, por su parte, apenas se había repuesto de la sorpresa inicial. A medida que se desarrollaba la escena quedaba más y más perplejo. Ante el enfado del gohran —sabrían los dioses lo que estaba diciendo—, un niño humano que le hacía frente, de doce o trece años a lo sumo, no se alteró en absoluto. Su expresión fría y serena resultaba totalmente inapropiada en un niño de esa edad. Si en realidad se trataba de un niño, y sus sentidos no le estaban jugando una mala pasada.

Aquel muchacho le parecía muy distinto a cualquier otro niño, humano o no, que hubiera conocido. Algo en su actitud, en su postura, borraba de un plumazo cualquier aire de inocencia e indefensión. Se mostraba inexplicablemente seguro de sí mismo ante aquellos salvajes, y su mirada se perfilaba tan insondable como la de ellos. Lo más sorprendente era que la mayoría de los gohran parecían temerle, manteniéndose callados y en guardia. Incluso aquel que había agredido a Erika no lo atacaba, sino que se limitaba a vociferar, sin siquiera atreverse a acercarse más.

Tan rápido como se había alterado, aquel gohran recobró la calma y Rancan se dijo que ahora parecía aún mucho más peligroso que antes.

—«Algún día, Ahicodem, tomaremos venganza por atreverte a darnos órdenes e interferir en nuestros asuntos».

El niño sonrió levemente.

—«¿Tomaremos? ¿Es que necesitas ayuda para todo excepto para asustar a solitarios cachorros?».

El gohran se llevó una mano al cinturón en busca de su arma. El niño lo imitó, excepto por que, en apariencia, no portaba arma alguna, lo que desconcertó al krincoll. Únicamente llevaba dos cinturones: uno era de cuero, viejo y gastado, pero el otro era plateado, azul y negro. El niño dirigió ambas manos hacia él, pero antes de que llegase a rozarlo el gohran detuvo su arrebato.

—«Algún día» —dijo el gohran, retrocediendo y apartando despacio la mano de su arma—. «Algún día te veré muerto».

—«Algún día la muerte vendrá a buscarnos a todos, pero es probable que tenga menos prisa por mí que por ti».

Las últimas palabras del chico, pronunciadas en voz baja, acallaron al gohran, que se limitó a escupir a un lado antes de, con un gesto, ordenar la retirada. Con aun mayor celeridad que como habían llegado, los gohran desaparecieron.

Elizabeth no esperó más para acercarse a la inconsciente Erika. Los demás no se movieron. De pronto, unos pasos por detrás de Rancan lo pusieron en guardia y, con una velocidad solo comparable a la de los gohran, desenfundó su arma y apuntó al recién llegado antes incluso de reconocerlo, preguntándose cómo no lo había oído llegar antes de tenerlo casi encima.

El lingüista soltó una exclamación. Rancan, mudo, asintió casi imperceptiblemente: si las marcas de aquel gohran maduro, vestido con una ajada túnica violeta con intrincados dibujos en magas y bajo, eran genuinas, y no tenía ningún motivo para dudarlo, no estaba seguro de sobrevivir a un enfrentamiento directo. Y además eso explicaba no haber notado su cercanía: había actuado de algún modo la magia. Quizás incluso se había limitado a materializarse en el espacio que ahora ocupaba.

El niño avanzó hasta situarse por delante del recién llegado y frente a Rancan Lussie, en una actitud curiosamente protectora. Tenía de nuevo las manos cerca del extraño cinturón tricolor, desafiando al coordinador con su silencio y su gesto alerta.

El gohran de la túnica apoyó una mano sobre el hombro del chico.

—«¿Te encuentras bien?».

El muchacho, sin volverse, cabeceó afirmativamente.

—Paz, Grancia —dijo el gohran, dirigiéndose a Rancan en federado, con una voz profunda y susurrante—. No somos enemigos... aún.

El coordinador bajó el arma lentamente.

—Paz por ahora, hechicero Cen.

El gohran sonrió y las marcas de su rostro —tres puntos azules, uno en su frente y dos en su mejilla derecha— parecieron moverse sobre la piel curtida de su cara.

—Seth volverá, kringcoll. Ahora sabe que poseéis un tesoro.

El hechicero Cen, dando la espalda a Rancan, se deslizó suavemente hacia Elizabeth y Erika, que había comenzado a volver en sí aunque aún se mostraba aturdida.

Se inclinó junto a la doctora, que dio un respingo.

—¿Cómo se halla? —preguntó.

—Asustada. Ha recibido un fuerte golpe en el hombro —contestó Elizabeth después de consultar con la mirada a Rancan y que le respondiera con un mudo asentimiento.

Entonces el hechicero se dirigió al niño, hablando en aquella lengua incomprensible para todos los demás:

—«Ahicodem, ¿contraste la planta que te pedí que buscaras?».

El muchacho sacó del interior de su camisa un tallo pequeño y rojizo y extendió la mano hacia el gohran.

Éste la cogió y se la ofreció a Elizabeth, tornando usar el idioma común.

—Esta especie goza de un gran poder curativo. Arranca una de sus hojas y divídela en pequeños trozos. Luego macéralos, preparando una pasta con su misma savia, y aplícala sobre la zona afectada.

—Soy médico y nunca me desplazo sin mis propios medicamentos.

El gohran volvió a sonreír dejando ver sus afilados colmillos.

—Ah, ya. Médico. Médico y reacia a utilizar otros métodos más efectivos y naturales.

Elizabeth pareció dudar. Luego, con cierta reticencia, aceptó la planta.

—No soy reacia a nada nuevo que pueda ayudar. Es solo que desde muy joven aprendí a no fiarme de nadie, gohran.

Mientras el hechicero se incorporaba y le daba la espalda a la doctora, ésta abrió su mochila y extraía un aparato. Cortó un pequeño trozo de la raíz, lo colocó sobre el artefacto y accionó distintos botones. Al momento la pantalla se iluminó y comenzó a mostrar algunos datos.

—¡Vaya! —exclamó Elizabeth como para sí misma—. Esto es increíble... ¿Qué clase de planta es ésta? —preguntó sin apartar la vista de la pantalla.

—Se llama Yali.

Elizabeth se sobresaltó y se volvió hacia el chico con curiosidad. Había hablado en un cuidado y cauto federado.

—Solo crece en este planeta e incluso aquí es escasa —añadió el niño con timidez. Luego fijó su atención en el gohran, que en ese momento hablaba con Rancan.

Aquella fue la oportunidad que la doctora necesitaba para observarlo detenidamente. Su cabello cobrizo, largo y espeso, contrastaba con sus inquietantes ojos de un verde suave, descolorido. Parecía un chico sano, fuerte, adaptado a aquel planeta, de piel morena, quizás debido al sol. Elizabeth sonrió para sus adentros. Algunos años más y aquel niño se convertiría en un joven muy guapo... ¿Pero quién era? ¿Qué hacía allí?

—De su otro compañero —afirmaba en aquel instante el gohran— no deben preocuparse. Está a salvo.

—¿Se refiere a Dumas? —soltó Elizabeth.

Rancan apretó las mandíbulas; la doctora calló y, tras una nueva lectura a la información que arrojaba el monitor, comenzó a partir la hoja tal como el desconocido le había indicado.

—Si es así como se llama el anciano que atraparon Seth y los suyos, sí, estoy hablando de él.

—¿Y dónde se encuentra? —exigió saber el kringcoll.

El chico se acercó al gohran.

—Itaya, la tormenta se acerca —dijo tomándolo por el codo.

—Sí. Ya sé, Ahicodem. No me olvidó de ella.

—¿Qué tormenta? —preguntó Rancan.

—Ah, kringcoll. Creo que ninguno de vosotros está muy enterado de a dónde ha venido a parar. Dime, ¿por qué crees que este planeta se denomina *Calastray Okuka*?

Rancan apretó los puños. Al instante, el chico volvió a interponerse entre ambos sin prisa ni prepotencia.

—Los gohran son tan celosos de su idioma y sus salvajes costumbres que cualquiera sabe lo que ese nombre significa —respondió finalmente el coordinador.

—Significa “Infierno” —dijo una voz a espaldas de Rancan.

La intervención de Joseph había sido inesperada. Todos se volvieron de pronto pues casi se habían olvidado de él.

El hechicero Cen pareció sorprendido.

—“Infierno”, así es —afirmó. Luego, dirigiéndose a Joseph, agregó—. Un estudioso, supongo.

El lingüista asintió.

—¡Ah! ¿Interesado en mi inferior e incivilizado pueblo?

—Mucho. No sabe lo que me costó averiguar esa sola palabra.

—¿Y conoce otras?

—Dejemos eso para más tarde —intervino el coordinador—. ¿Dónde está Dumas?

—Cerca. Con gusto os conduciré hasta allí.

Rancan se mantuvo en silencio. Entonces, en un cielo despejado, estalló el estruendo de un trueno.

—«Itaya, la tormenta es muy grande».

El coordinador se crispó aún más. Era muy desconcertante oír hablar al chico en gohran con fluidez cuando, hasta donde se sabía, ningún ser ajeno a ese pueblo conocía más que el significado de tres o cuatro palabras. La raza gohran jamás había desvelado su lengua o sus costumbres a ningún foráneo. Su salvajismo y fiereza, inigualados por ningún pueblo, no hacían sino agravar su aislamiento, y se habían convertido en los principales enemigos de la Federación.

—Si se quedan aquí, morirán con seguridad —dijo el hechicero en respuesta a las palabras de Ahicodem.

—¿Bajo tregua? —se vio obligado a solicitar el kringcoll.

—Por supuesto, Grancia.

Rancan sentía que no dominaba aquella situación y eso le provocaba una gran incomodidad. Ya desde el principio el asunto se le había empezado a ir de las manos. Ahora, con engañosas e insuficientes informaciones sobre aquel planeta no tenía alternativa. Se acercó a Elizabeth y Erika, seguido de cerca por Joseph.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a la niña.

Ésta cabeceó un par de veces afirmativamente.

—Pues nos vamos —ordenó, y sin esfuerzo la cogió en brazos.

—Pero... —intervino Elizabeth, aunque se calló ante la mirada que Rancan le dirigió.

—Sensata decisión —dijo el gohran y girándose hacia el muchacho añadió en su lengua—: Ahicodem, «¿nos dará tiempo?».

Ahicodem cerró los ojos un instante. Pareció concentrarse.

—«Es grande, Itaya. No sé si podré controlarla durante mucho rato».

—«No te arriesgues demasiado. Haz lo que puedas, ¿de acuerdo?» —luego, en federado, urgió a los demás—: Vamos, deprisa. No hay tiempo.

—¿Pero a dónde va el niño?

—No se inquiete por él, doctora —respondió el hechicero—. Mejor preocúpese por nosotros. Vengan, por aquí.

El gohran comenzó a caminar sin cuidarse de si lo seguían o no. Rancan oteó el horizonte y, de inmediato, echó a andar tras él. Furiosas nubes de tormenta se deslizaban a enorme velocidad, mucho mayor que la que imprimían en cualquier otra parte del universo conocido. En apenas unos minutos, cubrieron el cielo por completo soltando azules y metálicos destellos eléctricos al rozar unas con otras. Aquel frenético movimiento amenazaba con marear a los de la expedición, que se obligaron a concentrarse en el suelo que pisaban.

Dudas, preguntas y sospechas se acumulaban en la mente del coordinador, mientras el viento lo golpeaba con saña.

Joseph soltó una maldición. Había resbalado y a punto había estado de caer. Parecía inmerso en una estupefacción creciente y en su rostro comenzaba a aparecer de nuevo el miedo.

—¿Dije algo malo? —preguntó ante el gesto de reprobación de Elizabeth—. Lo siento. No... no me he dado cuenta.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? Has palidecido...

—Acabo de recordar —respondió Joseph en un susurro, pasándose la lengua por los resecos labios— el significado del nombre de ese niño.

La doctora apenas podía oírlo, debido al viento que ahora los azotaba. Se acercó un poco más al lingüista.

—Tú también habrías palidecido al saber que arribamos a un planeta denominado Infierno donde hay un niño al que llaman Ahicodem. ¿Sabes cómo se traduce ese nombre?

Elizabeth negó con la cabeza, alzando las cejas.

—Demonio —respondió Joseph a la muda pregunta.